

SOBRE EL PRINCIPIO DE AUTOCOBAYA O DE LA INMOLACIÓN COMO PRÁCTICA POLÍTICA

Una reflexión crítica sobre el *Manifiesto contra-sexual* y *Testo yonqui* de Beatriz Preciado

Romina Smiraglia
Universidad de Buenos Aires (Argentina)

Una filosofía que no utiliza su cuerpo como plataforma activa de transformación vital es una tarea vacía. Las ideas no bastan. El arte no basta. El estilo no basta. La buena intención no basta.

Beatriz Preciado

En su libro *Manifiesto contra-sexual*, Beatriz Preciado nos enfrenta a una pregunta inicial que atravesará todos sus trabajos: “¿Debe la investigadora entregarse al ‘serial fucking’ cuando trabaja sobre el sexo como tema filosófico o, por el contrario, debe guardar las distancias respecto a tales actividades y ello por razones filosóficas?” (1). Este interrogante, sin embargo, no es equivalente a un dilema que la autora intentará recorrer en sus escritos sopesando ambas opciones, ambos caminos, para un ulterior intento de resolución del mismo. Su respuesta al interrogante se encuentra sin mayores dificultades en las primeras páginas y es, en sí misma, el disparador de toda su obra.

Frente a un feminismo que, según la autora, desde los años ochenta ha dejado de usar su propia subjetividad como espacio de experimentación, que ha dejado de experimentar con la sexualidad desde el propio cuerpo y con él, Preciado nos exhorta a desmontar la *programación de género dominante*, a través de procesos de desnaturalización y desidentificación que logren problematizar la premisa hegemónica “un individuo = un cuerpo = un sexo = un género = una sexualidad” (2). Así pues, si nuestras sexualidades, y nuestros géneros, son en realidad sistemas abiertos, ficciones colectivas, no sólo podemos sino que, en algún sentido, debemos experimentar con esas construcciones.

En el paso del *Régimen Disciplinario* al actual *Régimen Farmacopornográfico*, las tecnologías de subjetivación ya no controlan el cuerpo sólo desde el exterior como un aparato ortoarquitectónico externo, sino que se convierten en cuerpo, hasta volverse indistinguibles de él: “aquí el cuerpo ya no habita los lugares disciplinarios, sino que está habitado por ellos, siendo su estructura biomolecular y orgánica el último resorte de estos sistemas de control” (3).

Nos encontramos en la actualidad frente a tecnologías –ahora– blandas de microcontrol, tecnologías biomoleculares y digitales que nos atraviesan, que se incorporan, que se infiltran en nuestras vidas.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, la producción tecnopolítica del cuerpo pareciera caracterizarse, según la autora, por la irrupción de “[...] nuevas tecnologías del cuerpo

(biotecnologías, cirugía, endocrinología, etc.) y de la representación (fotografía, cine, televisión, cibernética, etc.) que infiltran y penetran la vida cotidiana como nunca lo habían hecho antes” (4). De esta manera, en el capitalismo contemporáneo, cuyos principales pilares son la industria farmacéutica y la industria audiovisual (y su motor la industria pornográfica), estas microtecnologías, estos nuevos dispositivos microprostéticos de control de la subjetividad, pasan a convertirse en los nuevos modos a través de los que las ficciones de identidad se construyen.

Dentro de este marco de sentido, el cuerpo pasa a convertirse en el espacio privilegiado de actuación de las técnicas de sujeción y/o normalización de las que emerge el sujeto, el individuo moderno, en una de las extensiones prostéticas del poder. Pero también se convierte en el espacio privilegiado de resistencia, de contra-productividad. En otras palabras, la vida pasa a ser un campo de batalla en donde se produce la sujeción, pero también esos *devenires minoritarios*, esos *desbordamientos*. Porque cada instrumento de control es al mismo tiempo una potencialidad subversiva o de distorsión de los mecanismos de poder. En sintonía con Foucault, desde el momento mismo en que se da una relación de poder, existe una posibilidad de resistencia. Por ese motivo, para Preciado, se vuelve fundamental el desarrollo de micropolíticas del género y la sexualidad vinculadas a prácticas de autoexperimentación intencionales (como la hormonal) como forma de resistencia crítica frente a la norma.

No obstante el atractivo de los planteos de Preciado, que retoman cuestiones olvidadas pero no saldadas dentro del feminismo, muchas veces ese mismo atractivo corre el riesgo de verse opacado frente a la compulsiva necesidad de ejemplificar prácticas concretas de resistencia a la producción disciplinaria de la sexualidad. Y no sólo ejemplificar, sino recomendar, proponer. A pesar de que en sus trabajos declare una y otra vez que ella no pretende decirle a nadie qué tiene que gustarle y qué no, a la vuelta de página de cada una de esas afirmaciones, nos encontramos con recetas (pre)establecidas –acompañadas en algunos casos de las ilustraciones correspondientes– sobre cómo tener sexo, con quién y dentro de qué tipo de relación (contrato).

Como hace muchos años nos advirtió Carole Vance, existe una frontera muy fina entre hablar de sexo y establecer normas (5). Este es un riesgo que Preciado conoce muy bien tomando en cuenta su acérrimo ataque a la denominada por ella *Policía Feminista*. Sin embargo, la autora en innumerables ocasiones pareciera probarse el uniforme y la gorra. Para decirlo en otras palabras, dictaminar que para ser sujeto de lo político hay que empezar por ser rata de nuestro propio laboratorio, no implica necesariamente que la teoría deba establecer a priori los protocolos a seguir.

Retomando la pregunta inicial que Preciado se(nos) formula, frente al *serial fucking* o la prudente distancia, ¿qué camino optar como investigadorxs? (6). Sin restarle la importancia que merece esa pregunta, me parece que sería interesante realizarnos una pregunta anterior, ¿es posible dar una respuesta a ese interrogante antes de efectuar la investigación? Es cierto que mantener distancia respecto a nuestro objeto de estudio no nos asegura a priori un trabajo de investigación más riguroso, más “científico”. Pero el adentrarnos en las prácticas que investigamos tampoco nos asegura necesariamente una mejor representación de los sujetos de estudio de nuestros trabajos, o de sus prácticas.

Si bien la mayoría de las investigaciones nacen generalmente desde/con esos mismos sujetos que investigamos, con sus preocupaciones, sus demandas y sus luchas, el compromiso político y/o personal que nos lleva a muchos de nosotrxs a trabajar sobre determinados temas, no puede ser utilizado para inferir y justificar la validez a priori de nuestras investigaciones. Como investigadorxs tenemos la responsabilidad de explorar y evaluar las metodologías apropiadas para nuestros trabajos. Ser conscientes de las limitaciones, potenciales problemas y preguntas que surgen de la utilización de cada una de ellas, como así también desarrollar nuevas herramientas que nos acerquen a los objetivos propuestos en cada uno de nuestros estudios.

Además, no sólo es importante detectar para eliminar de nuestras prácticas (filosóficas, políticas) las persecuciones policíacas, sino también –y a veces mucho más peligrosos- los cantos mesiánicos. Si nuestra vida, si nuestras camas, están atravesadas por una dimensión política, ¿esto implica que las personas que comparten las mismas actitudes políticas tendrían que compartir al mismo tiempo una vida sexual similar?, y si no es así ¿deberían ser juzgadas como menos feministas, posfeministas y/o queer? ¿Quién decide cuál es la vida sexual que se encuentra en mayor conformidad con nuestra práctica política? Sería irónico que justamente Preciado termine desatendiendo el consejo de Foucault, el de renunciar, como intelectuales, a la vieja función profética (7). No sólo a la pretensión de decir lo que va a ocurrir en el futuro – cercano, lejano- sino a ejercer la función de legislador: esto es lo correcto, esto es lo que hay que hacer.

En este sentido, la posición de Judith Butler frente a la problemática relación entre teoría y práctica pareciera, en principio, más acertada. Para esta autora, la teoría no es una fórmula abstracta que se aplica a la vida, la teoría es una manera de articular posibilidades desde una cierta perspectiva histórica. No te dice lo que tenés que hacer, sino que intenta abrir posibilidades para hacer (8). En un mundo que constantemente está cerrando posibilidades todo el tiempo, abrir posibilidades se convierte en algo fundamental. Pero abrir una posibilidad no es lo mismo que decir que esta es la posibilidad que yo, vos, todxs, tendríamos que seguir. Es simplemente intentar brindar una mirada crítica sobre los términos que restringen la vida para abrir la posibilidad de modos diferentes de la misma (9): de placer, de relaciones, de amores, de intensidades, porque –y citando a la autora– “el pensar sobre una vida posible es un lujo sólo para aquellos que ya saben que son posibles. Para aquellos que todavía están tratando de convertirse en posibles, esa posibilidad es una necesidad” (10).

Retomando, e intentando arriesgar un motivo, creo que estos deslices que podemos encontrar en los trabajos de Preciado se deben, en gran parte, a una sobrevaloración del principio de acción, en realidad, y para ser un poco más específica, a una asociación directa y, generalmente, aproblemática entre voluntad y resistencia. Cuando pensamos el cuerpo como espacio de construcción biopolítica, un lugar que no es sólo de opresión sino también de resistencia, no debemos dejar que el superior atractivo de esta última silencie a la otra. Me apuraría a decir que el pecado por excelencia de estos últimos años fue(es) la sobrevaloración –lo que no quiere decir que no tenga *valor*– de la subjetividad de la resistencia.

Volviendo a Preciado, la autora nos plantea que la contra-sexualidad se encuentra jugando sobre dos temporalidades, “una temporalidad lenta en la cual las instituciones sexuales parecen no haber sufrido nunca cambios [...] pero también una temporalidad del acontecimiento en la que cada hecho escapa a la causalidad lineal” (11). Así pues, la identidad sexual no sería más que el efecto de re-inscripción de las prácticas de género en el cuerpo a través de operaciones constantes de repetición y de re-citación. Pero siempre se producen *fallas*, y es justamente el objetivo de la contra-sexualidad identificar esos espacios erróneos para así reforzarlos.

Es cierto, y en esto muchas feministas también están de acuerdo, que el género no puede ser pensado como la mera inscripción cultural de un sexo pre-establecido, y que es precisamente en la *iterabilidad*, en la práctica *citacional* de las normas establecidas, repeticiones regularizadas y obligadas que son realizadas por sujetos concretos, en donde radica la estabilidad de ellas. Una forma de *situarse* en las normas culturales y a través de ellas –vinculadas a prescripciones, tabús, sanciones–, un *vivir* el cuerpo en el mundo. Pero esa forma de situarse, que en sí es condicionada pero no determinada, no puede combinarse con un sujeto voluntarista, instrumental, un sujeto que *elige* (12), el mismo sujeto que Preciado critica. En última instancia, es una constante lucha con el poder recibido, rehaciendo las normas o deshaciéndolas, porque cada acto de reproducción contiene el riesgo de producir efectos que no son completamente previstos, de provocar desplazamientos que transgredan esas mismas normas. En pocas palabras, la resistencia es dificultosa aunque no imposible.

Debemos –haciéndome responsable de la “carga normativa” de lo que viene a continuación– tener sumo cuidado en bordear la esquizofrenia política que nos lleva a empoderar a un sujeto que acabamos de poner en crisis, empoderar a ese mismo sujeto –supuestamente ya no autónomo ni soberano– que consideramos inestable. No creo que Preciado intente recomponer a este sujeto en sus trabajos, es más, en sus reflexiones encontramos un agudo desarrollo sobre el funcionamiento de las tecnologías de subjetivación que operan en las sociedades contemporáneas. Pero a medida que recorremos sus obras, a veces pareciera quedar en un segundo plano –otro plano– que el sujeto se constituye con otrxs, a través de normas sociales –y condiciones de agencia– que nunca elegimos, y que no están bajo el total control consciente del sujeto.

La agencia no es sólo el resultado de la determinación social, es cierto, pero tampoco el puro efecto de la decisión propia del sujeto. La agencia es condicionada (no determinada) por las normas. En última instancia, es una “práctica de improvisación en un escenario constrictivo” (13). Siguiendo a Teresa de Lauretis, aun frente a las *tecnologías sociales* que se encuentran operando sobre la construcción del género, *tecnologías de género* que producen o promueven representaciones de este, los términos de una construcción diferente subsisten en los márgenes de los discursos hegemónicos (14). Pero que los términos de reconocimiento sean construidos socialmente y en sí sean variables, poco tiene que ver –como nos sugiere Judith Butler– con una noción de autoría (15).

La reproducción de las normas de género (como cualquier otra) siempre se producen dentro un campo de poder, a través de la reproducción de estas emerge el sujeto, se vuelve inteligible, justamente por haber reproducido –*reactuado*– esas normas de una manera ya reconocible.

Empero, muchas veces existen discrepancias entre el rol social, el rol que se tiene asignado, y la ejecución, o mejor dicho, la interpretación del mismo. Pero esto último no es un signo de la autonomía real del individuo, no significa que el individuo sea “libre” de no cumplir los condicionamientos que le son impuestos, sino que en la actuación de ese rol existen discrepancias que son producto de distintas –aunque no independientes– dimensiones, que no se reducen a la “voluntad propia”, y que no podemos dejar de tomar en cuenta en nuestros análisis. Sería un error intentar arribar a una respuesta monolítica sobre esas discrepancias, sobre esos *fallos*.

Entiendo, y comparto, esa tensión interna –como la denomina Nancy Fraser– entre los objetivos a largo plazo y las luchas que debemos librar día a día, en el aquí y ahora. La sensación de vértigo que muchas veces se experimenta cuando como investigadorxs colocamos el acento en el rastreo de esas negatividades que están cuestionando el mundo, esa misma sensación que muchas veces nos lleva a querer fosilizar a estas últimas para convertirlas en refugios. Pero cualquier teoría que se pretenda crítica no puede dejar de preguntarse por los límites, por lo que queda por fuera de esas paredes del refugio.

Beatriz Preciado es una de las pensadoras que en estos últimos años ha realizado preguntas más que necesarias a la(s) teoría(s) feminista(s). Una pensadora cuyo aporte fue fundamental en la vuelta reflexiva que se produjo sobre el pensamiento feminista en las últimas décadas. No obstante, muchas veces su compulsiva necesidad de ofrecer a sus lectorxs recetas concretas para aplicar en sus vidas cotidianas, ejemplos de micropolíticas contra-sexuales, constriñe el potencial de sus reflexiones, especialmente cuando toma protagonismo la narración de prácticas autobiográficas que van acompañas –de forma consciente o no– de una ponderación de las opciones disponibles en circulación. Si algo nos ha dejado la historia de lucha del movimiento feminista es que no necesitamos profetas, necesitamos herejes. Porque, y en definitiva, empoderar al sujeto es mostrarle que puede hacer, no qué debe hacer.

Notas

(1) Preciado, Beatriz. *Manifiesto Contra-sexual*. Madrid: Opera Prima, 2002, p. 17.

(2) Preciado, Beatriz. *Testo Yonqui*. España: Espasa Calpe, 2008, p. 90.

(3) *Idem*, p. 67.

(4) *Idem*, p. 66.

(5) En 1982, frente al avance del movimiento anti-pornografía dentro del feminismo en los Estados Unidos, feministas denominadas pro-sexo organizaron en el Barnard Collage de la Universidad de Columbia un simposio titulado “Hacia una política de la sexualidad”. En ese espacio, autoras como Carole Vance, Gayle Rubin y Linda Gordon, entre otras, intentaron abrir un espacio de reflexión sobre la sexualidad femenina. Véase Vance, Carole (comp.) *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Talasa Ediciones S.L., 1989.

(6) Con el fin de evitar la repetición de palabras en sus formas femenina y masculina, o el uso constante de la barra a los mismos fines, y ante la imposibilidad que muchas veces se presenta para reemplazar los conceptos por sinónimos genéricos que incluyan al femenino y al masculino, tomaré como criterio general a lo largo de este trabajo el uso de la letra “x”. Esta opción no sólo me permite contemplar la forma femenina y masculina de la palabra utilizada, sino también incluir las demás opciones que están –que ponen– en tensión a esa dicotomía.

(7) Para un mayor desarrollo de esta cuestión, véase: Foucault, Michel. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Buenos Aires: Alianza Editorial, 2008.

- (8) Véase Butler, Judith. *Deshacer el Género*. Barcelona: Paidós, 2006, pp. 13-34.
- (9) Una posición crítica que no es sencilla, ni mucho menos inofensiva, cuestionar las normas de reconocimiento, los términos por los cuales una persona puede *ser*, necesariamente va acompañada del riesgo de no ser reconocible como sujeto. Este punto es profundizado en su libro *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*, citado en la bibliografía.
- (10) Butler, Judith, *op.cit.*, 2006, p. 310.
- (11) Preciado, Beatriz. *op. cit.*, 2002, pp. 20-21.
- (12) Judith Butler, en su tratamiento sobre la *performatividad*, nos advierte que: “[...] la capacidad de acción, condicionada por los regímenes mismos del discurso/poder, no puede combinarse con el voluntarismo o el individualismo y mucho menos con el consumismo, y en modo alguno supone la existencia de un sujeto que escoge [...]” (2005: 38).
- (13) Butler, Judith, *op. cit.*, 2006, p. 13.
- (14) Para un mayor desarrollo de la noción *tecnología de género*, véase De Lauretis, Teresa. “The Technology of Gender” en *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*. USA: Indiana University Press, 1996, pp.1-30.
- (15) “[...] los términos que configuran el propio género se hallan, desde el inicio, fuera de uno mismo, más allá de uno mismo, en una socialidad que no tiene un solo autor (y que impugna radicalmente la propia noción de autoría)”. Butler, Judith, *op. cit.*, 2006, pp. 13-14.

Bibliografía

- Butler, Judith. “Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault” en *Teoría Feminista y Teoría Crítica. Ensayos sobre la política de género en las sociedades de capitalismo tardío*. Ed. a cargo de Seyla Benhabib y Drucilla Cornell. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim: 1990, pp. 193-211.
- _____. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Editorial Paidós, 2001.
- _____. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires: Paidós, 2005.
- _____. *Deshacer el Género*. Barcelona: Paidós, 2006.
- De Lauretis, Teresa. “The Technology of Gender” en *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*. USA: Indiana University Press, 1996, pp.1-30.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad I*. México: Siglo Veintiuno, 1993.
- Preciado, Beatriz. *Manifiesto Contra-sexual*. Madrid: Opera Prima, 2002.
- _____. *Testo Yonqui*. España: Espasa Calpe, 2008.
- Vance, Carole (comp.) *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Talasa Ediciones S.L., 1989.